

poniéndonos de nuevo en marcha, dímos vuelta á la derecha para volver á entrar á la ciudad por el camino de México. Se nos habia hecho tomar aquel largo camino, simplemente porque nuestra escolta de caballería no podia atravesar las líneas de circunvalacion.

Pasamos á lo largo de las paredes del jardin de la Cruz. Volví á ver el cementerio y la tronera por donde el enemigo habia sido introducido por López durante la noche.

Se nos hizo entrar á la ciudad por una brecha recientemente ejecutada en la flecha situada á la izquierda del convento.

La plaza de la Cruz presentaba un aspecto indescrptible.

El campanario, las azoteas y las ventanas del hospital estaban llenos de republicanos que nos veian llegar con curiosidad.

Algunos oficiales á caballo reunian nuestra artillería y nuestros carros, sirviéndose de nuestros conductores, á quienes trataban brutalmente y amenazaban de muerte á la menor demostracion de mala voluntad. Por otro lado, nuestros soldados, desarmados y confundidos, estaban encerrados entre batallones que los guardaban de vista. Se reunian nuestras armas y nuestras municiones.

Aquel espectáculo de nuestra ruina me parecia un sueño. Pero luego no pudimos contener nuestra indignacion. En medio de aquel tumulto acabábamos de ver á López frente á su antiguo alojamiento. El miserable estaba á pié, siempre de grande uniforme, con el codo apoyado sobre la silla de su magnífico caballo, y miraba con aparente impasibilidad aquella escena, obra suya!

XI

La Cruz convertido en prision.—Otra vez el hambre.—Lo que habia sucedido al general Márquez.—Los desertores del ejército frances van á visitarnos.—Accidente y pequeña carnicería.—El capitán Ruiz.—Nos trasladan al convento de las Teresas.—El Emperador nos sigue.—El general Mendez cae en poder de los republicanos.—Mi despedida del general Mendez.—Ejecucion del general Mendez.—El general Arellano se escapa de los republicanos.—Se decide de nuestra suerte.

Se nos hizo entrar en la nave principal de la iglesia contigua al convento de la Cruz, donde se encontraban ya gran número de nuestros camaradas, á los que volvimos á ver con gusto.

El aspecto de aquella gran reunion de oficiales encerrados en una iglesia degradada y despojada de sus antiguos ornamentos, era lastimoso.

A cada instante llegaban nuevos compañeros de cautiverio. Nos estrechábamos la mano con efusion.

Pero el hambre se dejó sentir de nuevo. No se hizo ninguna distribucion. Aquellos de nosotros que habian conservado algun dinero fueron los únicos que pudieron darse la satisfacion de comer. Habia algunos que caian de inanicion.

La disciplina, esa potencia formidable que multiplica hasta lo infinito los medios de la fuerza, habia desaparecido para hacer lugar á la debilidad individual, al egoismo personal, y á un vil temor; ante la familiaridad, consecuencia de un desastre comun, decaia el prestigio de los grados.

El deseo de apaciguar el hambre y la esperanza de recobrar pronto la libertad, eran los únicos objetos de nuestras preocupaciones. Los oficiales superiores se consideraban como con-

denados; pero los subalternos contaban con su poca importancia para salvar su vida. Algunos fanáticos proyectaban una reaccion terrible ó la guerra de las montañas. Se buscaba un suplicio nuevo que aplicar á López, y no se hallaba ninguno bastante cruel.

De esa manera pasamos tres dias de angustias, de hambre y de sufrimientos.

Solo una cosa me consolaba; el general Mendez no habia caido en poder de los republicanos. Estos le buscaban con encarnizamiento por toda la ciudad. Yo esperaba que lograria escapárseles y que algun dia podria reunirme con él. Tampoco descubrian al general Arellano. Muchos oficiales republicanos, atraidos mas bien por la curiosidad que por el interes, fueron á visitarnos, así como la mayor parte de los desertores del ejército frances admitidos con gusto al servicio de la República.

Nos contaron la verdadera causa del retardo incomprensible de Márquez.

Este, despues de su partida de Querétaro en la noche del 22 al 23, se habia dirigido á marchas forzadas á México, seguido por una partida de caballería de los sitiadores, mandada por Guadarrama. Llegado á México, Márquez habia cometido faltas sobre cuyo carácter nada diré aquí; y en vez de volver á Querétaro con refuerzos, se habia puesto en marcha sobre Puebla, para auxiliar á la guarnicion sitiada por los republicanos de Oriente y del Sur al mando de Porfirio Diaz.*

Segun dicen todos los que acompañaron al general Márquez en esa expedicion, este último fué muy culpable ó muy desgraciado. En suma, fué derrotado por completo en San Lorenzo, por Porfirio Diaz, al que se habia reunido Guadarrama,

* Véase á este respecto las apreciaciones de la conducta del general Márquez, en *Los últimos momentos de un Imperio*, por el general R. de Arellano.—LACROIX Y C^o, editores.

ma, y abandonó sus tropas para volver á toda prisa á México.

Con la guarnicion de México, las de las ciudades vecinas, los restos de la division derrotada en San Lorenzo y salvados por el coronel de los húsares austro-mexicanos, Khevenhüller, y el coronel de nuestros valientes ginetes fronterizos, Quiroga, se encerró en la capital, donde se encontraba sitiado en el momento de la caída de Querétaro. La rendicion de México era cuestion de tiempo.

Nada habia, pues, que esperar por aquel lado.

Los desertores europeos de quienes he hablado mas arriba, trataron de hacérsenos agradables ofreciéndonos sus servicios. Algunos se manifestaron hasta impudentes. Todos nos consideraban como muertos y nos causaron buenas angustias contando con énfasis los detalles de la ejecucion de ciento ocho franceses de la gendarmería de Guadalajara, hechos prisioneros en San Jacinto, y ofreciéndonos generosamente hacer llegar nuestros últimos adioses á nuestras familias.

Los generales, así como el Emperador, se hallaban estrechamente guardados.

El 16 se separaron los oficiales inferiores de los superiores. Estos se quedaron en la primera nave y nosotros pasamos á la segunda.

El mismo dia tuvo lugar entre nosotros un acontecimiento quehabria podido tenerhorribles consecuencias. La nave en que estábamos amontonados habia servido, algunas horas ántes de nuestra instalacion, de depósito de las municiones tomadas á nuestras tropas, y el suelo estaba todavía cubierto de pólvora y de cartuchos inutilizados.

Sucedió que al anocheer, en el momento en que los oficiales de la guardia republicana pasaban lista y nos contaban, un fumador dejó caer un tiro de cigarro en un reguero de pólvora,

vora. Esta se inflamó y comunicó el fuego á algunos cartuchos. La iglesia se iluminó un momento. Al pronto la guardia, no comprendiendo mas que nosotros la verdadera causa de lo que sucedia, creyó en un levantamiento é hizo fuego sobre la masa de prisioneros; hubo entónces un tumulto horrible. Creimos que se nos iba á asesinar á puerta cerrada y en la oscuridad.

La guardia habia colocado ya un obus de montaña cargado con metralla, bajo el portal que estaba en frente de nosotros, é iba á disparar, cuando, por fortuna, un general republicano que echaba pié á tierra frente á la Cruz, justamente en aquel momento, acudió á las primeras detonaciones, hizo cesar el fuego y nos habló con cierta bondad. Hubo explicaciones. Se comprendió la equivocacion. Por desgracia habia ya muertos y heridos. Entre los primeros se contaba el comandante de la guardia, muerto en la confusion de aquella escena por sus propios soldados, y entre los segundos habia un jóven capitán de dragones de la Emperatriz, llamado D. José María Pio Ruiz, condecorado con la Legion de honor. Le recargamos contra una pared, sin acordarnos mas de él. Toda la noche exhaló sordas quejas, que á pesar de mi endurecimiento me causaba mal oír. Pedia agua sin cesar, pero no habia que darle. Al dia siguiente por la mañana ví que tenia rota una rodilla. Fué conducido al hospital con los demas para que se le amputara, pero no pudo soportar la operacion, y murió.

El 17 de Mayo nos trasladaron con el Emperador al convento de las Teresas, cuyas religiosas acababan de ser exclaustradas.

Nuestra posicion se mejoró un poco. El convento de las Teresas es vasto, elegante, y contiene numerosas celdas conservadas entónces con aseo. Al cabo de algunos dias se comenzaron á hacer distribuciones de alimentos. Ya era tiempo.

Sin la buena y caritativa poblacion de Querétaro, habriamos muerto de hambre.

El 19 recibí el mas doloroso golpe. El general Ramon Mendez, buscado con encarnizamiento, fué descubierto al fin en una casa del centro de la plaza, donde habia aceptado un refugio cuando, sorprendido como todos, se vió en la imposibilidad de reunirse con el Emperador.

Fué conducido al convento de las Teresas en la noche del 18 al 19. Le ví por última vez como á las ocho de la mañana.

Al verme se sonrió conmigo, me tendió los brazos y me hizo el honor de estrecharme amistosamente en ellos. Yo habia sido su intérprete militar y su secretario íntimo. Le profesaba una adhesion absoluta. Cierta de ser fusilado inmediatamente, recomendó su familia á su mejor amigo, al coronel D. Juan Berna. Algunos minutos despues fueron á buscarle para llevarle á fusilar á la Alameda. Manifestó una firmeza admirable, encendió un cigarro y fué á estrechar la mano á los demas generales. El general Mejía le dijo con las lágrimas en los ojos:

—Mendez, estoy cierto de que sereis hoy delante de esas gentes lo que habeis sido siempre.

—No tengais cuidado, D. Tomás, respondió el general Mendez.

Quiso ver tambien al Emperador; este, conmovido, le dijo:

—Mendez, no sois mas que la vanguardia; muy pronto iremos á reunirnos con vos.

Los republicanos le llevaron á una iglesia vecina, donde le concedieron dos horas para confesarse, comulgar y ver á su familia por última vez.

Muy pronto espiraron las dos horas concedidas. Su mujer, su hermana y su hijo, de diez años de edad, sollozaban y le tenian enlazado en sus brazos. Los sacerdotes y los republi-

canos no podían contener sus lágrimas. Por fin, un oficial republicano hizo una señal que solo el general vió y que quería decir: es preciso partir.

Temiendo sin duda desfallecer si se prolongaba esa lastimosa escena y tenía que dar un supremo adiós á los seres que amaba mas en el mundo, el general les hizo creer que tenía algo muy importante que comunicar á una persona, y que debía alejarse de ellos un momento para volver en seguida. Los dejó con esa esperanza y no volvió.

No quiso permitir que le vendasen los ojos. Fué conducido á la Alameda entre filas de tropas. La poblacion habia acudido á su paso y le miraba con respeto. Saludaba sonriendo á todos los que conocia.

Su muerte, que contaré en otro lugar, fué heroica y sublime.

Aquel valiente soldado, de corazon de bronce, modelo de lealtad y de honor, fué fusilado por detras como *traidor!*

En la casa frente á la cual cayó, y que estaba llena de oficiales republicanos que veían la ejecucion desde el balcon y las ventanas, se habia escondido el general Arellano, que aguardaba allí con impaciencia el momento oportuno para escaparse de la plaza, y concebía el increíble proyecto, que ejecutó con su audacia habitual, de pasar por entre los republicanos disfrazado de mozo de estribo, y de introducirse á la capital para concurrir á su defensa, atravesando también las líneas de Porfirio Diaz que la sitiaba.

Aquí comienza para mí una cautividad de seis meses que me pareció muy larga y que fué muy dolorosa algunas veces.

Al concluir la noche se nos separó del Emperador, á quien se encerró mas estrechamente aún con Miramon y Mejía en el convento de las Capuchinas, y despues, de los oficiales superiores.

El gobierno de Juarez, retrocediendo ante la imposibilidad de fusilar tanta gente á un tiempo, y temiendo dar un pretexto de intervencion al gobierno de Washington, cuya actitud era amenazadora, decidió definitivamente de nuestra suerte.

Los tenientes y subtenientes de origen mexicano fueron puestos en libertad bajo la sobrevigilancia de las nuevas autoridades. Los de origen extranjero permanecieron presos.

Los oficiales superiores enviados á Morelia fueron los mas desgraciados. Alojados en la cárcel pública con los presidarios y los criminales, fueron abrumados de malos tratamientos, mientras que López y su cómplice Yablouski habian vuelto á su casa con oro, pero cargados también con el desprecio universal y con nuestras maldiciones.

Los capitanes mexicanos y los subalternos extranjeros fueron divididos en tres grupos y dirigidos á Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí.

La casualidad me colocó en el último.

Los suboficiales perdieron sus galones, y como nuestros soldados, fueron refundidos á pesar suyo en el ejército republicano. Creo inútil decir que con el tiempo y la ocasion casi todos desertaron.

El Emperador, Miramon, Mejía, permanecieron en Querétaro para ser..... *juzgados!*